

DECONSTRUIR MUNDOS CON MODESTO TRIGO

por Ilia Galán, Profesor Titular de Estética y Teoría del Arte en la Universidad Carlos III de Madrid.

APUNTES BIOGRÁFICOS DE UN ARTISTA PURO

Cuando llegué a Madrid, en 1989, en medio de una espantosa crisis económica, estaba preparando una investigación para llegar al grado de doctor. En esa ciudad caótica y confusa que tan duro hacía el acceso a la gloria. La persecución de esa gloria pretendía ser útil a los demás, para iluminar un poco esta oscuridad espiritual en la que nos hemos caído. La gran metrópoli era terrible para mí, las calles llenas de máquinas, llenas a su vez de máscaras sin rostro, lleno todo de amenazas, vacío del sentido bello del mundo en el que yo había sido educado. El mérito, el valor del trabajo, los dones intelectuales nada valían ante los hilos de unos poderes a los que no tenía ningún acceso. Mis familiares y especialmente los abuelos se mofaban de mí porque en vez de haber intentado ganar unas oposiciones, un puesto de trabajo decente, en vez de haber estudiado derecho o economía, había decidido ser poeta y escritor, aspirar a la docencia más alta, la universitaria, que no tenía sitio para mí, porque lo regalaban a otros amiguitos, disfrutando de su corrupta mafia. La belleza de la ciudad, su riqueza, quedaba oculta para mí por su contaminación moral, los edificios de bellos bancos y de estatuas mitológicas se convertían en símbolos de un poder despótico, hipócrita y amenazante, que no coincidía nada en los valores del mundo político. Un invierno de árboles sin hojas, edificios comidos por un sombrío cielo.

Entonces conocí a Cecilia, mi entonces compañera de sueños y desventuras, mi amada, y no pudiendo esperar me uní a ella. A través de una amiga suya conoció unos encuentros entre artistas muy enriquecedores, donde grandes emociones surgían de proyectos utópicos en una especie de hermandad en la creación. Un día se decidió a llevarme. Un bar con una tertulia de tipo esotérico acogía un grupo que hablaba del arte y del espíritu. Yo iba vestido de negro y una señora me reprendió porque según ella eso daba malas energías. Un hombre de cazadora negra y largos cabellos, histéricos, como disparando a todo el universo, iba acompañado de una rubia sensual, deslumbrante, vestida su piel con otras pieles, como si llevara pantalones ajustados de leopardo, cual si fuera una modelo de formas sexuales que gritaban a los de alrededor. Era Modesto; me dijeron que era pintor. Hablaba mucho y se devoraba a sí mismo en sus propios discursos, difícil de seguir por sus laberintos, en los que él parecía también perderse. Después tomamos unas copas y me llamó la atención sus aires de cantante de rock. Debían correr los meses de 1991.

Coincidimos en otras tertulias y un día nos invitó a su casa, de la que hablaba con devoción la amiga entonces tan íntima de Cecilia, una gitana pasional, llena de energía desbaratada, compañera en sus estudios de filosofía. Para ella Modesto vivía en el lujo, pues era un pintor extraordinario.

Una tertulia fue en su casa de las Rozas donde nos recibió cortando un buen jamón, mientras nos reuníamos en su salón, frente al jardincito, con la chimenea encendida y rodeado de sus cuadros. Al ver lo que trabajaba descubrimos que nos hallábamos ante uno de esos grandes talentos naturales que el universo produce pocas veces en su historia. La fuerza de un volcán unida a un tesón hábil para convertir las telas en

paisajes llenos de misterio, en fantasmas que fluían de su mente a las nuestras. Después nos haríamos íntimos amigos. Era fácil pues su casa estaba siempre abierta, siempre llena de visitantes, porque su corazón era directo, claro, diáfano, como el de un niño grande, alegre y pleno de vida. Hubo momentos en que las disputas, los celos, enturbiaron las relaciones del grupo. Él huyó del cerco de las calumnias y apostó por la inocencia, porque sale de su naturaleza franca, por eso venció y logró conmigo una amistad que se convirtió hermandad.

Descubrí que en realidad me hallaba ante un antiguo aldeano de Galicia que se había hecho a sí mismo, un autodidacta con una voluntad de hierro; un hombre intuitivo que, con muy pocos medios, había llegado a sentir y percibir grandes ideas, grandes mundos. Luego vinieron los años del vacío, donde las nubes gélidas permanecían clavadas en un Madrid siniestro, en la crisis económica. Colaboramos, me pintó como Cristo, colgándome doliente de una viga feroz, le ayudé llevando yo su obra a diversas galerías para que él pudiera dedicarse a lo suyo, es decir, a pintar. Nada se vendía y el tenía mano para hacer a buen precios excelentes retratos al pastel o al óleo; empezaron a hacerle algunos encargos.

Funcionó y pudo sostenerse en la miseria general, sobreviviendo de su pintura cuando muchos caían en la desesperanza. Yo mismo dejé de encontrar trabajos miserables en la miserable y suntuosa gran ciudad. Decidí ir a México a buscar un lugar en alguna universidad del Nuevo Mundo. Me acompañó con otros amigos al aeropuerto, apoyándome siempre, como apoya a todos, de modo incondicional. Pasó un océano. Volví porque me llamaron diciendo que Cecilia había conseguido un puesto de trabajo fijo en la enseñanza media; en la capital azteca también me había ido bien, pero preferí volver a casa. Luego ganaría yo unas oposiciones en el cuerpo de los profesores de enseñanza media del estado. Surgió la luz en la turbia ciudad; la crisis se fue difuminando y Modesto empezó a ser cada vez más querido por sus obras, cada vez mejores, con más fuerza y más finura, con una técnica más precisa.

Entonces llegaron poco a poco los años dorados. Me fui a Sevilla y a Córdoba a enseñar, pero volvía muchos fines de semana. No dejábamos de encontrarnos, de jugar juntos al tenis, de hablar de arte, de buscar un impulso común entre varios artistas para cambiar el mundo, después de cambiar el nuestro. Terminé volviendo a Madrid y él acabó siendo la guía de muchos jóvenes artistas. A mí me iban publicando más, a él le iban cada vez pagando más por su obra, inmensa, fecunda. Bellas mujeres se despojaban de sus vestidos ante su mirada de agudo pincel para ser inmortalizadas entre paisajes de una población demencial, símbolo del mundo. Mis libros iban consiguiendo cada vez más lectores y hasta eran estimados. Me invitaron a entrar en una universidad.

Modesto tenía madera de gran pintor, el genio de la aldea de Galicia había sido enriquecido con sus experiencias en la gran metrópoli, con las conversaciones con catedráticos de pintura, artistas, escritores, algunos amigos. Yo también le fui presentando amigos, escritores como García Valiño y otros. Empezó a sacar gran partido de algunas grandes obras que perdurarán por los siglos en museos o casas, estimadas por todos. Combinaría sus impulsos ancestrales, de su tierra, su rústica mirada, con las demandas del gran arte, del gran mercado que veíamos podrido pero donde todos queremos estar, transformando su sentido.

La vida en Madrid nos llevó a nuevos grupos de artistas y pintores, redes de conocidos, vida alegre y mucho trabajo, pues su mano era incansable, devorando horas solitarias en su estudio. Como el joven Mozart, el genio que fluía por su mano hacia el pincel le permitía pintar un retrato excelente en pocas horas. A mí me pintaría varios, como modelo para vender o simplemente porque le inspiraba y así podía permitirse regalarme su mirada.

Las locuras de la gran ciudad trajeron locuras en cuadros excelentes, entre otros que eran encargos más comunes. Había que comer. Conseguimos cierto estatus en el mundo del arte o de las letras. Vino mi amigo, el peculiar Manuel Pérez Petit y, con unos y otros, montamos la tertulia que sería foco de amistades de la pintura, la escultura, la literatura o la música, origen de un movimiento que llamaríamos “transgótico” y que dejaría honda impronta en algunos. Cada mes nos reuníamos varias veces en ese grupo heterogéneo que terminaría haciéndonos grandes amigos, apoyándonos, colaborando unos con otros. Atacamos el Museo del Prado y Modesto fue siempre uno de los más atrevidos, ante la cobardía de otros que hablaban y luego no pasaban a los hechos. Modesto siempre fue más hombre de acción que de palabras. En mis libros aparecería él con su nombre y figura o sus pinturas en la portada, sus retratos, porque eran buenas obras, merecedoras de muchos ojos, porque además quería mostrar que había un gran pintor al que merecía prestársele atención.

Hicimos varios trabajos juntos, luchamos en el campo de batalla hombro con hombro y nunca faltó su sincera entrega a los demás.

Uno de mis últimos libros de poesía, “Amanece”, fue mostrado en su pública presentación como Modesto quería siempre inaugurar sus exposiciones, entre músicas, esculturas, proyecciones digitales y una pintura suya que había hecho sobre uno de esos poemas, con el tráfico que hacía huir a los coches de Madrid. Me llenó de orgullo ver que en esa conjunción de las artes y la amistad, su gran cuadro era admirado y charlaba con mis versos, con los de la gente que se acercaba asombrada a mirarlo a un lado del estrado.

La vida es una aventura y a veces hay apuros. Modesto sufrió la separación de su mujer, Claudia, y la lluvia de la locura lo anegó en grises, negros días, que lo apartaron de todos y de todo, incluso de sí mismo. Pero luego se halló y le encontramos los amigos que habíamos estado siempre allí, para cuando quisiera darnos la mano.

La vida sigue y hacia el futuro hemos de proyectar renovada la esperanza. La pobreza cayó como una tempestad sobre la metrópolis y el dinero de los bancos se desvaneció. Nuevos retos le esperaban pero el buen Dios le trajo, como un milagro, a la mujer que iba a ser lo que siempre había esperado, su compañera, la que le podía comprender y entender. La nueva Beatriz superó a la de Dante y le dio una hija y mil sonrisas. Como una diosa en un carro movido por leones atravesará la gran vía de la inmensa y corrupta ciudad y hallará así el paisaje que le está destinado, el premio de la gloria que es el bien de toda la humanidad, porque la belleza que destila su magia pintada impregna cada día muchos corazones y, en especial, el mío.

Nuevos golpes sentimentales le afectaron, pero su camino se afianzó, pese a todo y sobre todo su obra, creciendo en envergadura y calidad, trabajando de un modo incesante, encerrado en su taller, hasta el punto de sufrir graves dolores en un brazo exhausto de tanto elevar un mágico pincel.

La Esperanza vendrá a concebir un gran hijo en el seno del artista que fue y es, sobre todo, un gran hombre. Un artista puro que no puede dejar de trabajar y cuya obra cada vez más dice de quién hablamos. Mientras el mundo económico se derrumba en Europa, él sigue rodeado de compradores que exigen sus telas pues saben bien que es una inversión pagar por ellas y que acabarán siendo apreciadas en los grandes museos del planeta.

REALISMO INTUITIVO

La conquista de la capital que ha conseguido Modesto Trigo en los últimos años se ha logrado con una obra firme, basada en una perfección técnica que busca, sin embargo, lo que la sobrepasa, lo que no puede ser dicho, como los cuadros que han marcado la historia de la pintura. Se convierte así más en un filósofo que en un espejo de la realidad pues sus lienzos transmiten sensaciones no pintadas y así, por ejemplo, palpa y escucha con sus veladuras el ambiente del tráfico congestionado o incluso convierte en hermosa la contaminación del aire. Así, su arte ha logrado conquistar nuevos espacios a la fealdad cotidiana para convertirlos en hermosas miradas de nuestra sociedad actual.

Una de las últimas etapas de Trigo le ha conducido a una síntesis de las anteriores, pues cuando llegaba a una cima cambiaba de tendencia, surcaba nuevos valles y con diferente estilo emprendía la escalada de una nueva cumbre, en un afán continuo de superación. Por eso se halla en su camino una fusión de estilos y temáticas que pueden colocar, junto a un cielo impresionista, unos edificios realistas desde un primer plano, tal vez el pavimento de una plaza, que puede ser abstracto o pura expresión matérica de diversos elementos. Pero lo más interesante en su obra es, tal vez, cómo pretende transmitir la escondida esencia de la realidad, desvelándola. Trigo busca desnudar lo que ve y penetrar arrastrando al espectador hacia los fundamentos de nuestra humanidad y del mundo que nos desborda. Sus óleos transmiten esa pulsión hacia lo universal. La facilidad natural con el pincel que como un don celeste se le ha otorgado le ha llevado a ser uno de los pintores más fecundos de nuestros días. Su magia está no sólo en su inmensa obra, voluminosa, cuantiosa, sino en cómo transmuta a menudo lo que toca con su mirada, para llevarnos más allá de las cosas. Por ello Modesto se une a los que en la historia del arte han quedado grabados con sus nombres haciendo frente al olvido, no tanto por el estilo o la apariencia formal, aunque siga técnicas clásicas con sensibilidad actual, sino por su contenido transcendental y tal vez por ello logra gustar al erudito, al sabio y al gran público, pues consigue atravesar la superficie y poblarla con su fantasma subjetivo, llevándonos, como hacen los más grandes pintores, de lo que se ve a su misterioso reverso, allí donde habita lo invisible.

IDEALISMO REAL

La falta de normas rígidas es una de las peculiaridades del mundo del arte y también de los artistas, o mejor: la falta de normas externas a ellos mismos, pues, como bien intuyó Kant, es el genio quien dicta la norma de la belleza, que no es matemática, puramente racional ni accesible sólo por la técnica, aunque tampoco es ajena al resto de la cultura en la que nace y a la maestría técnica indispensable para lograr la obra. Junto a pintores como Modigliani o El Greco que se caracterizan, entre otras cosas, por pintar siempre del mismo modo, surgen otros como Dalí o Picasso que no cesan de crecer internamente y evolucionan de unos universos a otros. La variedad, nota característica de la historia del arte en sus manifestaciones multiformes se ha mostrado también en la evolución de la meteórica carrera del joven Modesto Trigo Trigo, quien desde un eclecticismo propio del autodidacta ha ido mutando su obrar con las influencias surrealistas en trabajos cada vez más aquilatados, compaginando esa labor con retratos, en sus orígenes al pastel y después al óleo, consiguiendo una maestría que hoy le consagra como uno de los más grandes retratistas de la actualidad (cuenta en su haber varios miles de retratados). Antes de entregarse a la deconstrucción de bodegones, la última etapa de Trigo le condujo al paisaje, sobre todo al paisaje urbano, en donde desplegó la perfección del dibujo y el color en lienzos de carácter figurativo pero que, pese a su detallismo, tampoco han buscado expresamente los fines del hiperrealismo. En un análisis detenido de su trayectoria cabe observar cómo, cuando llega a la cima de una modalidad pictórica, Trigo cambia de tendencia y, en cierto modo, de estilo, en un afán de continua superación, de buscar universos todavía no creados por su pincel. De ahí que, ante los primeros cuadros sobre Madrid, el observador encuentre perspectivas, detallados dibujos y ambientes inmersos en la arquitectura, mientras que en sus últimas piezas se precisa una tendencia a la investigación en efectos luminosos, la noche, los contrastes entre las sombras, semáforos que se iluminan en una calle oscura, la figura humana frente a los volúmenes arquitectónicos, la representación del ruido de los automóviles que se trasladan atravesando la lluvia, e incluso la última tendencia a pintar la complejidad de un paisaje urbano con un mínimo de líneas y manchas que, sin embargo, desemboquen en una impresión “realista” con la que, curiosamente, un espectador cultivado puede dejarse llevar a lo que en este autor no es sino una búsqueda del ideal. Sus últimas pinturas son una fusión de estilos en perfecta simbiosis que colocan junto a un cielo impresionista, unos edificios realistas sobre un paisaje abstracto o expresionista, como pretendiendo transmitir la escondida esencia que a veces nos oculta en su desvelarse la misma realidad. Si para los filósofos presocráticos la apariencia era engañosa, con el Arte (concebido éste como una de las más altas manifestaciones de la humanidad) se desvelan; muestran lo oculto en el mismo mostrar. Trigo se ha desvelado como autor que pretende lo máximo, y su pintura tiene la impronta de esa pulsión hacia lo universal a lo que tiende sin abandonar sus orígenes gallegos, cuya temática acompaña a las imágenes de la metrópoli, Madrid, en la que desde hace doce años desarrolla su intensa labor: la facilidad natural que se le ha dado a través del pincel le ha llevado a ser uno de los pintores más fecundos de nuestros días). Ese anhelo de lo que está más allá de lo particular, del *Geist* (Espíritu) absoluto que diría Hegel, escondido en las obras plásticas, le ha conducido a interpretar lo eterno. De ahí que haya acudido a la tradición, no en la forma, sino en su contenido atemporal, lo que hace a los clásicos ser tenidos por tales. Pues si la variedad es nota característica de la historia de las bellas artes, no lo es menos la unidad de sentido, la búsqueda arriesgada de una belleza escondida incluso en lo más ingrato para que la obra nos lleve más allá de sí misma. Por

ello, Modesto Trigo se une a la esencia de los que en la historia del arte han quedado grabados con sus nombres en letras de molde, no tanto por el estilo o la apariencia formal -con una técnica que sigue a los clásicos usa una sensibilidad sin embargo diferente- sino por su contenido transcendental. Las mujeres desnudas que muestran también desnuda la ciudad son símbolos, sugerencias contemporáneas. Trigo logra lo que con gusto admitiría Burke desde su *Philosophical Inquiry into the Origin of our Ideas of Sublime and Beautiful*: gustar de un modo natural al gran público por medio de una pintura “por naturaleza bella, lo mismo que la miel gusta al niño y el tabaco en cambio no”. Pero no se queda ahí, y su obra trasciende la superficie que simboliza el volumen, hace soñar, lleva a lo que no se ve, de lo claramente visible a lo invisible, pues no otra cosa es lo propio de las grandes obras. Su pintura, en línea con la de Franquelo, Naranjo o Antonio López, se abrirá justamente un hueco en los museos del futuro, de los cuales, probablemente, cuando cesen algunas modas mercantilistas, otras piezas se caerán por sí solas. El arte, cuando es más que un entretenimiento, más que una representación de lo “bonito” se convierte en algo similar a la religión por medio de lo sublime, o, como analizó Schiller en sus *Über die ästhetische Erziehung des Menschen* una ética máxima para elevar a la humanidad por encima de sí misma, para hallar, como si de una Encarnación renovada se tratase, lo divino en lo humano, a través de lo finito, lo infinito.

EL REALISMO IDEAL

Lienzos que algunos antes los habrían tachado de tradicionalistas ahora los asumen y comienzan a valorar, como si se hubiesen dado cuenta de que no por pintar de modo figurativo se ha de permanecer en el siglo XIX y empiezan a ser los más demandados. Quizá sea llamativo que a las puertas del s.XXI, algunos pretendidos críticos y defensores a ultranza de las vanguardias comiencen a replantearse su propio discurso, porque pintar hoy con lenguaje abstracto es seguir una tradición que ya tiene casi un siglo. Por otra parte, podría objetarse que sin tradición no hay nada, ni arte ni pintura. Tradición es pasado, y sin pasado no hay presente, porque éste hunde sus raíces en aquél. De ahí que el antiguo lema *todo lo que no es tradición es plagio* que con letras grandes está labrado en la piedra de uno de los laterales del Casón del Buen Retiro, hace que su testimonio, antes tomado como retrógrado, hoy pueda ser reconsiderado con algo más de ecuanimidad; no en vano son letras clavadas en uno de los exteriores de lo que ahora es Museo del Prado. No haberlo considerado ha hecho que en varias facultades de Bellas Artes no pocos jóvenes que se creían genios, creadores de nuevos lenguajes se hayan estrellado contra su propia ignorancia, al descubrir, tras años de trabajo luchando por ser originales, que tales pretensiones ya habían sido probadas por ciertos autores, que tales descubrimientos ya estaban descubiertos hace siglos, y que se hubieran ahorrado ese fracaso y mucho tiempo perdido por no mirar atrás antes de avanzar. Para saltar, a veces es preciso retroceder un poco y tomar carrerilla. Sin embargo, en esta exposición, se comprueba una vez más cómo, dejado de lado el prejuicio de la novedad o la originalidad, autores que ya empiezan a ser notorios, como el gallego Modesto Trigo Trigo (1960), quien llegado desde las provincias ha logrado poco a poco conquistar la capital de España con una obra firme, construida con una perfección técnica que sin embargo busca, por decirlo así, lo que está más allá de la técnica, el espíritu, el decir ese algo que no puede ser dicho, como dicen los cuadros que han marcado la historia de la pintura.

La modernidad no está sólo en el hecho de pintar automóviles, motos y semáforos, en lugar de carros de caballos, sino en la sensación que transmite, ese algo de inefable que le hizo a Kant poner la estética en un terreno en el que los conceptos no sirven. Se ve y se siente.

Esa representación del mundo no pretende sin más copiarlo, sino recrearlo, y por eso uno se descubre en las miradas que este autor ha plasmado sobre los lienzos. De la tradición se toman los hallazgos, los recursos y la técnica, y se combinan, se alteran o utilizan sin más pero con la mirada propia que el artista ha forjado en su interior, un mirar de difícil acceso para el que no ha madurado en su perfección de la belleza, pero que se hace accesible a todos a través de sus obras. No es necesario pintar feo o de modo inaccesible para que algo sea importante o grave. La belleza puede ser directa, pero los niveles de profundidad a los que está permitido llegar al contemplador dependen del interior de cada uno. No por mirar al pasado las esculturas de Thörwaldsen o Canova, o la Madeleine, o la sinfonía clásica de Prokofiev han dejado de producir sueños, quizá porque el soñar al que uno puede acceder con estas obras está al margen del tiempo, o por encima de éste, sobrevolándolo como el verso bíblico en el que el espíritu aleteaba sobre las aguas.

EL REALISMO DEL SIGLO XXI

En realidad, real es todo, también lo ideal, porque a veces una idea mueve montañas, como la fe, y por ideas mueren personas de carne y hueso, se construyen catedrales o se horadan túneles para comunicar a los pueblos. Nuestros sueños nos ocupan más que la limitada realidad y vemos ésta desde nuestras proyecciones al futuro y desde nuestro pasado convertido en mitos particulares. Esto, que parecería propio del Idealismo Alemán, sin embargo es hoy comúnmente admitido e incluso resulta importante para descubrir el lado inverso. Es decir, que lo ideal también impregna toda la realidad, como decía Hegel, pues todo está penetrado de ideas o razones. Hoy matizaríamos: si no está claro que el mundo se encuentre penetrado de lógica al estilo de los modelos científicos, al menos sí se halla impregnado de sentido. Así pues, el realismo, como corriente pictórica típica de la tradición española, puede leerse también en clave idealista. Frente a la burda interpretación que ha postergado este movimiento artístico como algo material y limitado al objeto representado y, lo que es peor, como una técnica de expresión anquilosada en el pasado y conservadora, se levanta la realidad ideal de estas obras que de vez en cuando podemos contemplar. Que es un movimiento del pasado y conservador queda desmentido, por un lado, por la tradición populista y progresista del realismo en el área soviética que ha impregnado países tan distantes como Rusia, China, Corea, Vietnam, Chequia, Bulgaria o Cuba. Además, es el arte que mejor entiende el pueblo, al menos en cierto grado, pues sus referentes son evidentes, así como la técnica de la habilidad compositiva y pictórica se estiman con mayor facilidad. Así pues, nos encontramos que cuando ya se empieza a estar de vuelta del imperio casi dictatorial de un gusto surgido de las vanguardias de principios del siglo pasado, este arte se ha mantenido, aunque a veces marginado por los que detentan el poder cultural, presto a cobrar su adecuada relevancia en el más inmediato futuro. Después de un siglo de abstracción o disolución de la figuración resurge de un modo renovado una pintura que pretende devolver el sentido perdido a las artes plásticas. Los años ochenta del siglo pasado volvieron inesperadamente a la figuración y, en nuestro país, pensadores de la talla de Ignacio Gómez de Liaño vieron cómo la libertad artística había sido secuestrada

por los viejos vanguardistas y sus hijos, ya no rebeldes sino subidos al trono desde donde hacían sus manejos en museos y exposiciones. Aunque algo cambió la situación con la llegada de las ideas de la llamada postmodernidad, sin embargo, todavía siguen dominando la situación quienes persisten en repetir ocurrencias y supuestas novedades ya realizadas hace cuarenta, sesenta o hasta noventa y cien años. Para que luego denuncien a quienes pintan con el estilo de otros tiempos, como si no hubiera derecho a ello. Entonces no habríamos tenido el estilo de Roma, en el Imperio, que adoptaba estilos propios de los griegos ni el Renacimiento o el Neoclasicismo, lo mismo que el Neogótico. Salvo algún autor como Pedro del Toro, que pinta con un estilo que recuerda al XIX temas de hoy o de otro modo, con recuerdos de los paisajistas venecianos, lo vemos en Félix González, la mayoría no hace eso. También Respighi retomaba el estilo renacentista o Prokofiev tuvo un periodo clásico. Si hay libertad en las artes también ha de haberla para ir contracorriente y escoger el medio expresivo y su sensibilidad propia o heredada. Otros utilizan óleo y grafito con una mirada actual y luces de hoy, sin dejar la herencia del surrealismo o las texturas que aparecen en motivos de cuadros y en poses o puntos de vista contemporáneos a la hora de hacer un paisaje, un retrato o lo que fuere.

Pinturas que sirven para ir más allá de lo representado. De la cosa a lo que no es cosa. Con varios niveles de lectura, donde hay quien se quedará fascinado en la calidad de la representación, mientras que otros lograrán la ensoñación por medio de pinceladas que no buscan igualar a la fotografía sino superarla con su poder evocador, con su visión propia de esa realidad que nadie ve igual. Cada uno ve según lo busca el ideal en cada una de las formas expuestas y, en la medida en que eso se consigue para muchos y pueda traspasar el frágil ámbito de las modas, de los estilos perecederos, nos hallaremos ante la noción de clásico, es decir, de modelo que puede servir para superar al ser humano su finitud, traspasando siglos y culturas. Quien no supiera valorar en su justa medida la obra de estos autores habría que calificarlo, como haría Aristóteles, entre las categorías de bárbaro. Afortunadamente, son cada vez más los creadores y filósofos que huyen de esta neobarbarie que ha inundado de formas sin contenidos y sin técnicas interesantes nuestro mundo plástico, erial de objetos atiborrado de sentidos ridículos. El realismo, en cambio, permite con discreta humildad y gran fortaleza técnica retomar la gran tradición y ver el mundo futuro con ojos renovados, cultivando una vez más nuestro espíritu: hacia adelante.

LA METAMORFOSIS DEL BODEGÓN Y SU DECONSTRUCCIÓN EN TRIGO

Muchos son los autores que han pintado bodegones desde hace siglos, pero muy pocos han logrado hacer que unos jarrones, unos alimentos, figuras muertas o animales caídos sean algo realmente vivo y fascinante en la mente del espectador.

Los pintores de flores y lindos platos han logrado al menos representar algo que ya en sí es bello mediante su técnica, a veces fabulosa, convirtiendo en eterno un momento efímero de la rosa o de una comida flamenca. Otros han buscado la belleza allí donde la vida cotidiana no hallaba sino el gris paso hacia la nada, el hastío, redimiéndola. Hay casos fascinantes como el famoso bodegón de Zurbarán que exhibe el Museo del Prado, donde logra mostrar lo innumerable, lo infinito, un verdadero sentimiento religioso simplemente mediante unos objetos solitarios que se muestran en el claroscuro de un espacio vacío, impregnado de misterio. Por eso, un autor que logra

mostrar su maestría, no sólo técnica, con un bodegón, es como un compositor de grandes sinfonías que se concentra en un cuarteto. Lo difícil es expresar ahí, en lo poco, su gran hondura, su hondo espíritu. La obra de Modesto Trigo pretende ser, en este sentido, un paso más en la historia del bodegón, donde pasa de los tradicionales objetos a paisajes, de las cosas a las no-cosas, de lo que parecen personas a su simulación como objetos. Lo que es objeto se vivifica y hace sujeto. Lo que parecen sujetos, en realidad son cosas que lo aparentan. Además, Trigo los transforma convirtiéndolos en juegos de metalenguaje, sistemas simbólicos que se proyectan con numerosas significaciones enriqueciendo los ojos que se acercaban a ver sólo cosas, para salir mirando mucho más allá.

Unas botas arrojadas a una superficie terrosa se levantan como para caminar, solitarias, iluminadas por un arrugado papel que bien podría ser una paloma de la paz representada en esa luz, quizás un poema que algún poeta místico arrojó allí en alguna dirección. A su lado, el teléfono móvil encendido sobre una mesa en escorzo muestra los iconos del futuro, nuevo libro y centro de música, memoria, enciclopedias, cine, imágenes y memoria comunicante con el futuro, pretendidamente atrapado por los “adolescentes”. La sugerencia del camino, la metafísica que pregunta sobre la humanidad y su destino, su dirección, sin pies que llenen de momento esos pasos, nos hace meditar profundamente ante una obra magnífica, en la que se diría que también están los trazos pintados del filósofo y el poeta, al igual que en el lienzo donde una tabla de mármol, quebrada, en fabulosa perspectiva, entra en la pared gris de un espacio desconocido y, sobre la gris superficie aparece pintada la parte baja del ser humano que diseñara Leonardo da Vinci, del gran público conocida, como una admonición hacia lo que se nos representa: un mono fuma sentado, en actitud displicente, obnubilado por el vicio, sobre una piedra preciosa redondeada, un cuarzo mágico que parece un cojín para sus peludas posaderas y ocultas partes pudendas, mientras los ojos se le van hacia el *bonsái* que crece en un hueco de la piedra, como en una acera de la calle, pues una mujer desnuda parece querer trepar el árbol de la vida. La crítica a la humanidad con los mensajes subliminales de nuestro Trigo dejan a la mente en una continua reflexión estética y metafísica. Y sobresale de la pared, en trágica apertura, hacia afuera, sobre un mármol, extasiado y consumido ante el breve *bonsái* donde la flor es una mujer lasciva, un “cortejo” siniestro y a la vez fascinante y fascinado.

Una mujer desnuda, como una pantera negra, camina sobre imposible superficie, inquietante, vista desde arriba, doblando el espacio en que se sitúa la ambigua esfinge, obra donde se emplean técnicas de impresión nuevas fundidas con el tradicional óleo que el pintor trata con la maestría de los clásicos. Un edificio al fondo nos muestra la ciudad y el preciado objeto de los mortales hacia el que es arrastrado el deseo, una lata con la preciada bebida, el imperio del sabor que una multinacional del placer líquido ha llevado a los más lejanos extremos del mundo, la Coca-Cola. Esa lata que se ha convertido en símbolo del consumismo occidental recuerda otra de sus tempranas obras donde, arrugada, volaba su preciado metal entre los planetas, como un astro. El surrealismo de los comienzos de la carrera de Trigo se mezcla hoy, en su madurez, con el realismo y los paisajes de su alma, urbanos o desurbanizados.

Las imágenes digitales y difuminadas se mezclan con la pintura al óleo clásico pero hay una máquina que va a derrumbar las aceras o una pala mecánica que se lleva

sus escombros, ante la esfinge que mira impávida unos universos cambiantes y de colores nuevos que difuminan la ciudad.

En un espacio recogido, una terraza, la niña ofrece su objeto, su bodegón, un juguete, un automóvil de colorido plástico con su muñeco conductor ante la gran ciudad nocturna, la misma que engulle su desnuda y cándida presencia, hija de la naturaleza, hermosa ingenuidad, ofrecida como beso ante el tráfico de los intereses y ante edificios adornados con luces de ulteriores resplandores. Siempre brillan “otras realidades”, siempre otras.

La estantería en la que posan libros antiguos junto a la tradicional calavera, roto el cráneo, ideas que vuelan, con un espejo etrusco a un lado, oxidado en su bronce mirar, un frasco de temibles elixires, tal vez embriagadores perfumes, unos libros antiguos de autores clásicos o la imagen de Santa Cecilia, rodeada de vetustas monedas y una cajita que bien pudiera ser lujoso envoltorio de un producto exquisito, pues dorada refulge entre la vida y la muerte, hablando entre sonrisas de filósofos.

El motivo se repite con nuevas lecturas junto a un fragmento de coral, conchas marinas, algas o fósiles secos y una esponja de mar entre los restos de una biblioteca donde sonríe la máscara del carnaval humano, pintada, serena, junto a la palmatoria que reluce con su bronce dorado pero sin vela ante el silencio de una existencia expresiva, meditabunda y serena.

Freud ridiculizado entre sus obras, devorado por sus obsesiones, que engulle una y otra vez un infantil chupete. Los libros que prometen multiorgasmos a la parejas como quien ofrece mitos o éxtasis de otro mundo a buen precio, racionalmente, pero tal vez desde una pretenciosa y ridícula mente. Lilith y su ponzoñosa mitología por allí planean, a su sombra caen los estudios que se unen a una historia del arte con sus obsesiones, perversiones y deseos, desde la novela, junto a un texto sobre la Tau de San Andrés y la vela que, apagada y deshecha, muestra lo efímero de todo texto, deconstruyendo su luz, en un claroscuro de fluorescencias pálidas y frías. Psiconálisis adormecido en una estantería de pulido metal.

Una fotografía de un desnudo, magistralmente pintada, maravilloso trampantojo al óleo, donde una botella de añis muestra al varón, Darwin, transmutado casi en mono, atacado por su obsesión carnal, y como marca de un licor etílico, embriagador. La piel amada, grabada con un pequeño reptil, muestra sus encantos y su belleza pero retira la cabeza, ocultándola, sin mirada. Pura carne, fría, bella, puro objeto. Y sobre la superficie de cristal reflejada la escena queda, como en un laberinto. Un libro abierto muestra obras que ya el autor pintara en su pasado –cuadros de cuadros- de mujeres desnudas y sin rostro visible que trepan a los árboles, como un motivo que nos arrastra, pese a nosotros mismos, en nuestros ensueños. Pero no son sino meras “relaciones objetuales.”

El escaparate a cuyo lado la persona de la calle no es sino un maniquí que exhibe sus ropas, vacío de contenido, ante los de en frente se nos convierte en autorretrato. Todos somos maniqués en la ciudad pulcra de los objetos de lujo que reclaman al comprador. El sentido social y crítico del pensamiento de Trigo siembra nuevas dudas sobre nuestro mundo de consumo vacío, hueco, limpio y pulcro, como la nada reflejada

en otra nada pero aquí expuesta a la luz del día. En el fondo, todos son en esa ciudad de objetos del deseo cosas, “naturalezas muertas”.

El cristal de un autobús refleja en un retrato fabuloso a alguien ¿por qué? ¿Para quién? Y el que pasea por esos paisajes descubre nuevos los viejos universos. Mundo de reflejos de otros reflejos, puras apariencias entre resplandecientes cristales y una mirada inquietante, como un demonio que nos persigue entre las hermosas calles de la gran ciudad por las que circulan automóviles sin rumbo o tal vez con todos los rumbos. “Dependencia versus independencia de campo.”

La “máscara tolteca” no parece ser sino un aviso temible cuya sombra proyecta, encima de una mirada amplia, de un águila mexicana sobre el parque donde tal vez habite la serpiente, rodeada de la gran capital azteca y su intensa y extensa humanidad. Síntesis magistral entre el estilo del paisaje urbano y el bodegón de un objeto que devora la imagen haciendo de ella un cuadro sobre otro. Obra, como tantas de Trigo, que muestra la maestría y el virtuosismo logrado no sólo por su pincel sino por su concepción de la pintura, al mezclar planos y géneros, convirtiendo un paisaje en bodegón, lo real en lo irreal describiéndolo con detalle y en contraste con otro objeto que se le deposita encima, pero que tal vez no sea sólo objeto sino una máscara, una cara o rostro de poderosa mueca en la piedra tallada, en el óleo esculpida.

Eva exhibe su desnudez de espaldas pero parece arrastrarse deseosa por la pared acariciada mientras la manzana yace a un lado dejada y Adán, al otro lado del díptico, en similar posición no puede dejar de morder el fruto prohibido y, dejándose, ser devorado en un fulgor rojo de poderosa belleza.

Las flores clásicas emergen del hielo y se reflejan en el oscuro vacío. Ya no se nutren de agua líquida ni son encerradas en frascos de cristal sino que su base fue un cubito helado, su pie, frágil, frío y duro, esperando, como su belleza, ser deshecho. Pero aunque las flores muriesen, las pintadas con su beber gélido perdurarán colgadas de la eternidad.

Tequila y cerveza con sal y limón vuelan o son miradas desde abajo por el ebrio recuerdo en la mesa de cristal del jardín, hacia un mar de yedra, con el vacío vaso que quiere de nuevo ser llenado por el cuervo rapiñador de nuestros sueños. Aromas poderosos de un México de ensueño.

Y hasta el mismo pensador de Rodin sobrevive cubierto de poderosas y contemporáneas arquitecturas de blancos contrafuertes, con la botella de una cerveza mexicana a los pies, nutriendo su metafísica desvariada y perdida, sin ojos reflejados sino en un espacio hueco. Sin duda una “irreverencia”, otra más, desde la tela pintada, que nos pinta.

La hora del té ya pasó y dejó sobre la mesa-camilla sus vestiduras bordadas, la rosa del visitante derramando su aroma sobre las tazas besadas por los amados labios, el azúcar suavizando las asperezas de la hora matizada que cae con su luz desde un rincón, iluminando ahora la escena que oculta sucede entre los dos, sin las telas ya, sin el té, sin nuestra atención indiscreta.

Sobre la historia del arte se asienta la copa de vino y su botella, pero emerge, desde una bolsa, el racimo de las fecundas uvas, ante las negras telas, como una aparición de la fecundidad y de la entrega del fruto que ha de marcar nuestros sueños, nuestros encuentros.

Los frascos brillan con sus coloridos contenidos y el que cae, imposible, mantiene su líquido en la posición con la que fuera pensado, mientras una mariposa vuela en un botón pintada. Todo es objeto, incluso el cuadro que en el espacio se prolonga hacia el lugar donde el tiempo ya no existe sin nosotros.

El vendedor de antigüedades ha sacado a las calles de París su infancia para venderla, mientras le vemos reflejado y sentado en cómodo sofá, recordando lo que quisiera dejar a un lado. El caballito con sus ruedas queda parado junto a la mesa-reloj sin tiempo y el gramófono canta brillante su silenciosa canción. Los minutos y los días quedaron parados, en un bodegón que construye y deconstruye un paisaje ciudadano y sobre todo el paisaje interior que a través de sus objetos narra y sugiere.

Sobre telas negras, sedas cuyos dobleces y texturas muestran los brillos más deliciosos, una joven muestra su desnuda belleza acariciándose los pies mientras mira el regalo de la congelada rosa que a su lado parece se va a deshacer, metáfora de amor y a la vez frío desamor, contraste de conceptos, aporías, misterios gélidos que se mueven entre los dedos de sus unidos extremos, lejos de la cabeza y el corazón.

Pies descalzos, sin cuerpos, sin huellas, caminan sobre el kilómetro cero donde nacen todas las carreteras españolas, desplazándose hacia un norte que el sol marca entre marcadas sombras. Viaje hacia donde la imaginación nos marque o nuestra voluntad sugerir quisiera.

La gárgola, viva, de espléndida desnudez femenina, poderosa, otea el infinito de la transgótica ciudad, más allá de nubes, mientras las pompas de jabón llevan sus sueños o los nuestros, deseándola o temiéndola, en su cornisa, tal vez a punto de saltar sobre los pensamientos con sus cabellos rojizos, cual furia de la Antigüedad que medita su propia quimera.

Trigo esparcido queda como semillas fecundísimas para hacer el más exquisito pan y por eso a menudo se muestra a sí mismo, en el estudio donde pinta su propio pintar, sus pinceles, pero también un cuadro ingenuo que no es realista, pues ha pintado el pintar de su niña, de su yo continuado por ella, en fabuloso contraste entre la técnica realista y la hermosa expresividad infantil llena de color, con paisajes urbanos y un arco iris que en la penumbra del trabajo florecen con una lluvia donde el corazón vuela al lado de un árbol verde, renacido. Genética de la vida que vuelve a florecer con nuevos bríos y estilos en cada generación del arte.

No menos inquietante y fabuloso es cuando se auto-retrata con su propio retrato, un reflejo del reflejo que, a su vez, está pintando, juego barroco de espejos donde ninguna de las imágenes es él mismo, siéndolas todas en su repetición oscura y fabulosa.

Estos bodegones son así todos ellos ultrabodegones y así quedan deconstruidos, fundiendo todas las tendencias anteriores, los mejores logros de la carrera pictórica de

un Trigo que da alimento a las más altas ambiciones, pues van más allá de ellos mismos. Hacen meditar, ir lejos al que los mira, hacia lo que no se ve, trascendiendo la cosa hacia lo que es más que objeto, por ello estamos verdaderamente ante la transmutación del bodegón.